

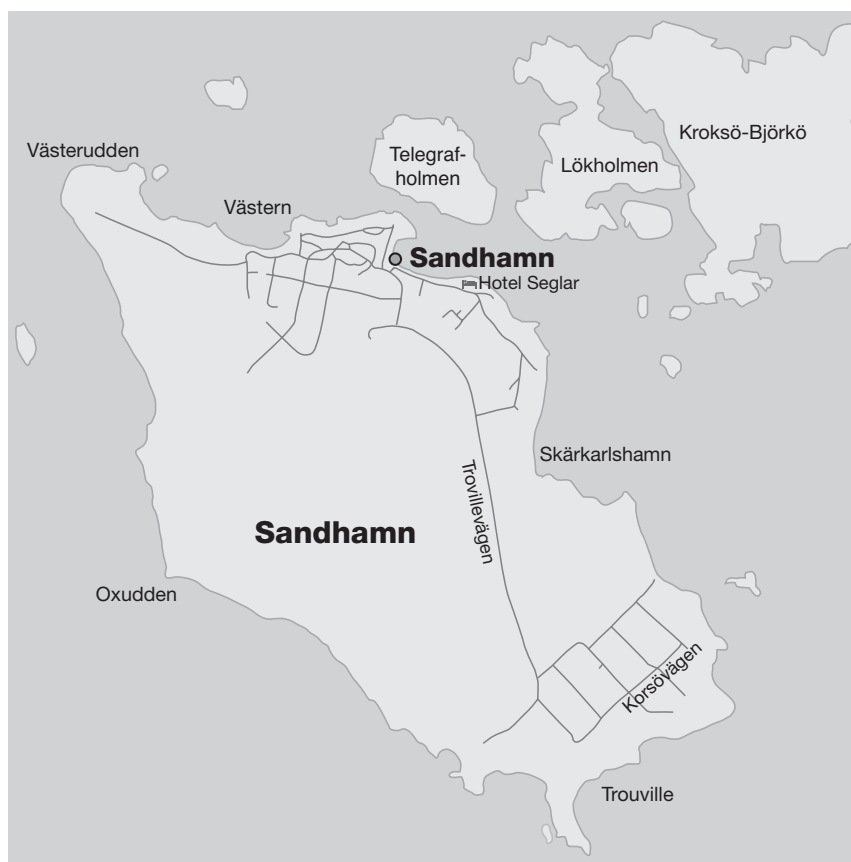
Viveca STEN

Solsticio de verano

Traducción:
EVA GAMUNDI



MAEVA | NOIR



La isla de Sandhamn es un pintoresco enclave del archipiélago de Estocolmo. Formado por un conjunto de 24.000 islas, está situado frente a la capital sueca y se ha convertido en una zona muy turística. A principios del siglo XVIII, tenía una población de 2.800 personas, en su mayoría pescadores. Hoy, los habitantes del archipiélago, que cuenta con más de 50.000 casas repartidas entre las distintas islas, se dividen en veraneantes y residentes que, en su mayor parte, trabajan en Estocolmo.

Originalmente la isla se llamaba Sandön, «isla de la Arena», mientras que Sandhamn era el nombre de un asentamiento situado en el noreste.

Las islas que forman el archipiélago son muy populares entre los aficionados a la navegación y son un escenario ideal para una novela de misterio como *El secreto de la isla*.

UN MAR DE CASCOS blancos llenaba el puerto. Por todas partes se veían embarcaciones con gente de fiesta. El muelle era un hervidero de jóvenes borrachos que iban de un lado para otro en la cálida tarde estival. Pero la muchacha que se abría paso tambaleándose entre la multitud temblaba de frío.

Había gente por todas partes, pero no reconocía a nadie. Todos se reían y hablaban con voz animada. El sonido la atravesó y ella se tapó los oídos con las manos para aislarse del ruido.

Entornó los ojos desesperada, buscando alguna cara conocida a la luz de la tarde.

Había una pandilla de adolescentes haciendo una barbacoa en la arena, a pesar de las señales que lo prohibían. Un poco más lejos se veía a varios policías con chalecos amarillos y enseguida aparecieron algunos más en un quad rojo que se paró en la esquina del restaurante Seglar.

La chica del muelle no se fijó en ellos. Tenía el pelo rubio alborotado y los ojos desorbitados. Cojeaba un poco, le faltaba un zapato.

Alguien la empujó y la chica chocó con una papelera.

Tenía la mirada perdida. Emitió un sollozo y se apoyó en un surtidor de agua, pero nadie reparó en ella. La intensidad del rumor subía y bajaba, y el volumen de la música ahogaba el lamento que le surgía de la garganta.

—Tengo que encontrar el barco —gimoteó.

Otra persona más se chocó con ella y esa vez la chica se cayó en el muelle caldeado por el sol. Se sentó agotada, incapaz de levantarse de nuevo. Tenía las mejillas sucias y surcadas de lágrimas, e iba mascullando algo que solo ella podía entender.

Volvió a tiritar y se abrazó a sí misma en un intento de entrar en calor.

—¿Estás bien?

Una pareja de mediana edad se había parado delante de ella.

—¿Cómo te encuentras? —dijo la mujer, poniéndole la mano en el brazo con amabilidad.

La chica se levantó y se marchó en dirección al largo pontón que conectaba con el muelle, lejos de la pareja.

—Tengo que encontrar a Victor —susurró.

En aquel momento, la música se oía más fuerte.

Unos enormes altavoces negros bombeaban música tecno desde una gran lancha motora. Era un ruido ensordecedor y las vibraciones se propagaban por el cemento bajo sus pies. En la cubierta de popa del barco había una mesa de caoba donde se amontonaban vasos medio llenos, colillas y botellas. Sentado en un sofá de piel ancho y blanco, había un chico bronceado con el torso desnudo y un cigarrillo en la mano. Recorrió con la mirada el cuerpo de la chica.

—¿Te sientes sola?

Sonrió burlón y se pasó la lengua por los labios con desvergüenza.

—Yo puedo ayudarte.

La chica se asustó de nuevo, retrocedió unos pasos y echó a correr en dirección contraria, de vuelta a tierra firme.

Se encontró con un bosque de mástiles blancos. Presa de la impotencia, clavó los ojos en todos aquellos barcos.

—Victor —dijo mientras volvían a brotarle las lágrimas—. ¿Dónde estás?

Después le flaquearon las piernas y se desplomó en la arena.

1

Lunes, 16 de junio

—QUÉ GANAS DE ir a casa de los Larsson para el solsticio de verano, ¿verdad?

Madeleine Ekengreen se volvió hacia Victor, pero él no se molestó en responder a su madre.

Eran casi las siete de la tarde. Fuera, el ruido de un motor anunciaba que el Jaguar del padre acababa de entrar al acceso del garaje. Madeleine miró su reflejo en la puerta metálica del frigorífico y se retocó la melena rubia.

«¿A quién crees que estás engañando? —pensó Victor—. Con esas mechas y el bótox en la frente. Ya nadie se cree que tengas treinta y cinco años, por mucho que lo intentes.»

—¿Victor?

—Yo no quiero ir.

—Pero si siempre vamos allí —dijo Madeleine con la mirada tensa, como si no tuviera muy claro qué giro iba a tomar la conversación.

Colocó un bol de ensalada en la mesa y empezó a mezclarla.

—¿Y qué quieres hacer entonces? —prosiguió.

El muchacho bajó la mirada al plato.

—Había pensado en acercarme a Sandhamn con Tobbe y otros colegas. El padre de Christoffer le ha dejado el barco, que está de puta madre.

—No digas *de puta madre* —respondió Madeleine automáticamente—. Suena fatal.

Estaba claro que no le hacía mucha gracia la idea de que Victor pasara el solsticio de verano por su cuenta.

—¿Estará también el padre de Tobbe? —dijo al cabo de un rato.

Victor negó con la cabeza.

—Qué va. Creo que se va a Falsterbo.

—¿Y Felicia?

Esa vez asintió.

—Ella claro que viene.

—¿Y qué dicen sus padres?

Madeleine parecía desconfiada, pero Victor sabía que su novia le caía bien.

—Les parece guay.

En realidad, Felicia les había dicho a sus padres que iba a ir al campo con Ebba. Y Ebba les había dicho a los suyos que iba a estar con Felicia.

Aún persistía una sombra de duda en los ojos de su madre, pero se dio la vuelta y fue hasta la isla de la cocina en busca de una bandeja de pollo asado. Se oyó un portazo en el vestíbulo, entre el garaje y la entrada principal.

«Aquí viene el gran Johan Ekengreen», pensó Victor.

—¿Seguro que los padres de Felicia le han dado permiso?
—dijo Madeleine, colocando la bandeja de pollo en la mesa.

—Pero ¿por qué no dejas de dar la tabarra?

Victor alargó el brazo hacia el cartón de leche que había en el centro de la mesa y se llenó un vaso.

Madeleine no dijo nada. Victor sabía que la había ofendido, pero fue incapaz de pedirle perdón. Total, ella siempre estaba superocupada, ¿a qué venía quejarse, para una vez que él tenía sus propios planes?

«Cuando papá y tú os largasteis a París en las vacaciones de otoño, bien que no hubo problema —pensó Victor—. Entonces sí que dejasteis que fuera a lo mío.»

—Tengo dieciséis años, me las puedo arreglar solo —dijo—. Además, vamos a ser un huevo de gente.

Victor sabía que ella iba a reaccionar a que él dijera *un huevo* y la miró desafiante.

Madeleine se rindió.

—No hace falta que te pongas así —protestó ella—. No entiendo por qué te has vuelto tan susceptible. Estás siempre alterado, diga lo que diga.

—Pero que dejes de dar la tabarra —repitió Victor.

Se abrió la puerta y Johan Ekengreen entró en la cocina. Llegaba silbando, alegre, y no pareció notar la tensión que flotaba en el ambiente.

El padre de Victor no tardaría en cumplir sesenta y tres años. Estaba bronceado e iba al gimnasio varias veces por semana. Apenas había perdido pelo. Victor sabía que se lo teñía a escondidas para que no se viera que lo tenía canoso.

—Buenas.

Soltó el maletín en el suelo con una amplia sonrisa y se aflojó la corbata. Luego se quitó la americana y la colgó en el respaldo de una silla.

—Victor no piensa venir con nosotros a celebrar el solsticio —dijo Madeleine clavando la mirada en él, para que entendiera que tenía que hablar en serio con su hijo.

—¿Por qué no?

Johan Ekengreen se volvió hacia Victor, pero, antes de que le pudiera responder, Madeleine siguió hablando.

—Quiere ir a Sandhamn con sus amigos en lugar de venir a celebrarlo con los Larsson.

El padre sonrió, a pesar de que Madeleine había endurecido el semblante.

—El chaval empieza a hacerse mayor. Lo que quiere es salir de fiesta por Sandhamn, como el resto. Yo también habría querido hacer lo mismo a su edad.

Johan alargó el brazo hasta la botella de vino abierta que había en la mesa y se sirvió una copa. Instintivamente, olió el vino antes de probarlo.

—No está mal —comentó inspeccionando la etiqueta de la botella.

—Vamos a ver, Johan —dijo Madeleine mientras limpiaba la encimera con movimientos rápidos y airados.

—Entonces, ¿puedo ir, papá? —la interrumpió Victor antes de que a Johan le diera tiempo a responder.

Joder, lo que se iba a perder como no saliera el plan de Sandhamn. Tenía bastante dinero, su padre le había dado un sobre con varios miles de coronas como premio por las notas finales, que, después de todo, habían sido bastante decentes.

Iban a poder agenciarse material del bueno para el solsticio de verano.

—No es lo bastante mayor —protestó la madre en un último intento—. Acaba de cumplir dieciséis. Es demasiado pronto para dejar que se vaya por su cuenta.

—Imagino que Felicia también va, ¿no? —dijo Johan.

—Sí. —Victor asintió sin levantar la mirada. «Venga, papá, venga.»

—Bueno.

Johan Ekengreen se giró hacia su mujer.

—Deja al chaval a su aire. Solo se es joven una vez.

Dio otro trago al vino, que relucía rojo en la fina copa de cristal.

—Si solo serán unos días en el archipiélago.

2

Sábado

NORA LINDE NO pudo evitar contener la respiración cuando Wilma Sköld bajó las escaleras de Villa Brandska.

La chica, de catorce años, se había perfilado los ojos con lápiz negro y lucía una gruesa capa de rímel en las pestañas, que se le habían quedado pegadas. La falda vaquera era tan minúscula que parecía un pantalón corto y a través del top blanco y fino se podía entrever el sujetador.

Con mucho esfuerzo, Nora se abstuvo de dejar caer ningún comentario. Wilma estaba en octavo curso, pero con el maquillaje parecía mayor y como demasiado dura. Nora tuvo que recordarse que ese tipo de observaciones correspondían a Jonas. Después de tan solo ocho meses juntos, no podía empezar a educar a Wilma como si fuera su propia hija.

La chica se había pasado la comida hecha un manojo de nervios, como si cada minuto que debía pasar sin sus amigos fuera una tortura. En cuanto la dejaron, se esfumó hacia el cuarto de baño de arriba para arreglarse.

Wilma cruzó la cocina pasando por delante de Nora y continuó hasta el comedor, donde Jonas seguía sentado a la mesa con Adam y Simon. Adam ya había terminado de comer, pero Simon aún daba vueltas a las patatas. Le encantaban los bulbos tiernos que se empezaban a cosechar en junio y ya iba por la tercera ración.

—Papá —dijo Wilma—. Me voy ya. Llego supertarde.

Nora la había seguido, pero se quedó en el umbral, apoyada en el marco. Jonas también se sobresaltó al ver a su hija. A veces

a Nora le daba la sensación de que él no quería entender que Wilma estaba creciendo.

—¿No vas a llevarte una chaqueta por lo menos? —preguntó Nora con discreción—. Seguramente refresque más tarde. Ya sabes cómo son las noches en el archipiélago.

Wilma pareció no reparar en Nora y dio unos pasos en dirección a Jonas.

—¿Me das algo de dinero? —dijo como mendigando.

—¿No te he dado ya la paga del mes?

—Sí... —contestó arrastrando las palabras—. Pero ya me la he gastado.

Jonas enarcó las cejas con asombro, pero alargó el brazo para coger la cartera del bolsillo trasero. La abrió, pero después se detuvo, como preguntándose si sería sensato darle a su hija adolescente una paga extra.

—Venga ya, papá, que si no va a ser un rollo.

Wilma se había apoyado en el respaldo de una de las sillas y de repente parecía una cría suplicando. Por un instante Nora pudo imaginarse cómo era de niña, con coletas y las paletas separadas.

Como era de esperar, Jonas cedió. Sacó tres billetes de cien coronas, los puso encima de la mesa y se acercó a su hija.

—Pero quiero que me traigas el cambio —dijo.

Tanto su tono de voz como el semblante satisfecho de Wilma indicaban que eso no iba a pasar.

Adam levantó la vista del plato y miró detenidamente a Wilma.

Solo había un año de diferencia entre los dos, pero por el momento Adam no había mostrado especial interés en salir de noche. Él prefería quedarse en casa jugando al ordenador, con o sin amigos. Nora sabía que era solo cuestión de tiempo que él también quisiera salir de fiesta, pero aún estaba tranquila. Su

divorcio de Henrik coincidió con la pubertad de Adam y ninguna de las dos cosas había sido fácil.

—¿Me das un abrazo antes de irte, por lo menos? —preguntó Jonas mientras volvía a guardar la cartera.

Wilma rodeó la mesa y se inclinó hacia delante de prisa. Después se enderezó, retrocedió unos pasos y, con una voz sospechosamente despreocupada, dijo:

—¿Está bien si vuelvo a las dos?

Jonas frunció el ceño.

—Dijimos a las doce. Sabes que es lo que acordamos tu madre y yo.

—Pero, a ver... Es que es la noche del solsticio de verano. Todos los demás podrán quedarse hasta mucho más tarde, ¿voy a ser la única que tenga que volver pronto? No es justo.

«No cedas», pensó Nora al tiempo que se alegraba de no ser ella la responsable de aquella negociación. Ya tenía suficiente con sus propias batallas.

Se mantuvo al margen, esperando la respuesta de Jonas sin intervenir. Hasta Simon se quedó callado por una vez, concentrado en las patatas del plato.

—Venga ya, papá...

Wilma ladeó la cabeza, con una actitud aún más suplicante si cabía que antes.

Jonas apartó el plato.

—Bueno, pues entonces a la una. Pero solo por hoy. No quiero volver a oír nada de llegar más tarde en lo que queda de verano.

El rostro de Wilma reflejaba sentimientos contradictorios. ¿Debía seguir insistiendo y arriesgarse a que Jonas se enfadara o sería mejor conformarse con una victoria a medias?

Era obvio que volver a la una era mejor que nada, porque Wilma dio un saltito de alegría y dijo:

—Te lo prometo. Muchas gracias, eres el mejor.

Wilma se inclinó y le dio otro abrazo a su padre, esta vez con una alegría sincera. Jonas intentó acariciarle el pelo, pero ella se escabulló rápidamente.

Incluso a Nora le dirigió una sonrisa cuando pasó a su lado.

—Adiós. Nos vemos mañana.

—Ten cuidado. ¿Llevas el móvil?

—Que sí. Lo llevo aquí.

Su tono de voz revelaba que empezaba a impacientarse. El esbelto cuerpo adolescente ya había empezado a moverse.

—Pero tiene que estar encendido también —replicó Jonas—. No lo olvides. Prométeme que si te llamo, lo vas a coger.

Wilma ya había abierto la puerta y no se volvió.

—Vale, vale. Te lo prometo. No seas pesado.

Nora suspiró. Wilma hacía lo que quería con Jonas, pero Nora no se consideraba tan fácil de manejar. Sin duda, estaba bien que cada uno siguiera viviendo en su casa, ella en el nuevo apartamento de Saltsjöbaden y Jonas en su piso de tres dormitorios en el centro.

En Sandhamn, Jonas alquilaba la vieja casa de Nora, que ella había dejado el año anterior cuando se mudó con los niños a Villa Brandska, aquella casa tan bonita de principios de siglo que había heredado de su vecina, la señora Signe. Se habían conocido gracias al contacto que mantenían por el alquiler.

Ese fin de semana se encontraban todos en casa de Nora porque un fallo eléctrico había dejado la casa de Jonas sin suministro. El electricista de la isla, un tipo encantador, había prometido arreglarlo al día siguiente.

La puerta de la calle se cerró de golpe cuando Wilma salió.

3

WILMA SONREÍA SATISFECHA cuando salió de la casa sin cerrar la verja.

Le sonó el móvil.

te queda mucho? ya estoy en el puerto. Malena

Tecleó una respuesta rápida.

tranqui, de camino. W

No le apetecía nada celebrar el solsticio de verano con papá y Nora en Sandhamn, pero cuando se enteró de que sus amigos del centro irían a la isla, le entraron unas ganas repentinas de que llegara el día de la fiesta, a pesar de Nora y sus hijos. Ciertamente que Simon podía llegar a ser adorable, le gustaba que Wilma viera con él las películas de dibujos animados. Pero Adam era un caso perdido, se pasaba el día sentado al ordenador, jugando a juegos patéticos con o sin sus amigos, otros casos perdidos como él.

Papá y Nora eran todavía peor, no paraban de meterse mano cuando creían que nadie los veía. Era insoportable. Asqueroso. ¿Por qué tuvo que conocerla?

El teléfono sonó de nuevo.

traes algo?

Wilma palpó contenta la mochila. En el viejo sótano de Nora había varias cajas de botellas de vino. Wilma las había descubierto por casualidad y había cogido un par de botellas de la caja que estaba al fondo, en el rincón.

Se había pasado toda la semana pensando qué iba a ponerse, probándose todas las camisetas que tenía una y otra vez. Al final, se decidió por unos pantalones cortos con una camiseta de tirantes sencilla. Quería ir bien vestida, pero sin exagerar.

En H&M encontró un rímel que en realidad no podía permitirse. Aprovechando un momento de descuido, se lo metió en el bolsillo. Aquello no estaba bien, y Wilma lo sabía, pero si no eran capaces de darse cuenta, ellos se lo habían buscado.

Wilma había empezado a salir con la nueva pandilla durante el semestre de primavera. Todos los de su clase eran muy infantiles, no paraban de decir chorradas. Los chicos tenían acné y eran ridículos, y lo mismo hablaban con voz grave que soltaban un gallo.

Sus nuevos amigos eran mucho más interesantes. Sobre todo Mattias. Era el hermanastro de una compañera de otra clase de su curso, Malena. Se llevaban dos años y medio. Él estudiaba bachillerato en un instituto del centro de la ciudad.

El hermano de Malena era alto y moreno, y se había dejado el pelo un poco largo, por la nuca. Solía pasárselo por detrás de las orejas, de donde asomaban algunos rizos. Wilma se moría de ganas de pasarle los dedos entre los mechones de pelo. Llevaba una cadena de plata alrededor del cuello y vestía muy bien, con vaqueros desgastados y mocasines de ante. Era muchísimo más guay que los chicos de su clase, con sus sudaderas con capucha y sus zapatillas de deporte, que le recordaban a una manada de simios.

Wilma no había tardado mucho en estar colada por él, pero hasta ese momento no parecía que el chico se hubiera percatado. Hablaban poco, a pesar de que ella intentaba captar su atención en cuanto él aparecía.

Después de cada vez que se veían, Wilma era capaz de estar horas repasando todo lo que Mattias había dicho. Analizaba cada frase, cómo la pronunciaba y cómo la miraba cuando se dirigía a ella.

Sabía que no era la única a la que le gustaba Mattias. Siempre había varias chicas detrás de él y el teléfono no paraba de sonarle. De vez en cuando se reía enseñando mensajes que le habían llegado de otras chicas. En ocasiones dejaba caer algún comentario irónico.

Wilma se pasó la lengua por los labios para asegurarse de que seguía teniendo el brillo labial. Se llamaba Spring Blossom y era de un color rosa anaranjado. También lo había birlado de H&M. Creía que con él parecía mayor y más madura.

Esa tarde Mattias iba a fijarse en ella. Wilma podía sentirlo; esa tarde iba a darse cuenta de que ya no era una cría, de que ya no era la mocosa que su hermana arrastraba a todas partes.

Las botellas de vino que llevaba en la mochila eran un trofeo. Mattias se iba a enterar de que ella sabía de qué iba la cosa, de que podía ser una más de la pandilla.

Estaba dispuesta a todo con tal de estar con él.

—¿NOS TOMAMOS EL café en el muelle? —preguntó Nora mirando a Jonas.

Aunque eran casi las ocho de la tarde, el sol seguía brillando alto en el cielo. Hacía mucho que el fin de semana del solsticio no se presentaba tan soleado, y era maravilloso poder disfrutar del calor después del largo y oscuro invierno. Jonas la atrajo hacia sí. Acercó la boca a la de ella y murmuró:

—Estamos solos en la casa.

Nora apoyó la frente en la de Jonas, disfrutando de tenerlo tan cerca.

—Los niños están en casa de sus amigos y Wilma va a volver tarde —le susurró al oído.

Una sonrisa le afloró a la comisura de los labios y Nora sintió que reaccionaba a la sugerencia; una sensación de calidez se le extendió por debajo del ombligo y notó un cosquilleo que le recorría el cuerpo. Con los labios entreabiertos, se acercó hasta rozar los de él.

Y entonces se detuvo.

—Si llegan Adam y Simon, no nos parecerá tan buena idea.

Nora se escabulló del abrazo fingiendo no ver la decepción en los ojos de Jonas.

—Luego tendremos tiempo de sobra —dijo agachándose para sacar una bandeja de un armario bajo. Dejó en la mesa un par de tazones, azúcar y una jarra de leche.

—¿Quieres ponerle algo? ¿Un poco de coñac?

No parecía que él se lo hubiera tomado a mal; de hecho, le sonrió de una forma tan atractiva que estuvo a punto de ceder. No pudo evitar mirarlo embelesada; estaba apoyado en uno de los bancos de la cocina, en vaqueros, con una camiseta verde de pico y los náuticos sin calcetines. Pero se contuvo al recordar que los niños podían llegar en cualquier momento.

—Con el café tengo suficiente —dijo Jonas—. Pero toma tú algo si te apetece.

Nora se paró a pensarlo. ¿Tomaría coñac o algún otro licor?

Quizá un chorrito. Ya habían compartido una botella de vino en la comida, pero el café estaba rico si iba acompañado. Sacó una botella de armañac y se sirvió solo un trago en una copa de coñac. Después, llevó la bandeja a través del porche acristalado y bajó las largas escaleras que conducían a la terraza junto al agua.

El resplandor del sol bañaba aún toda la parcela y se oían alegres risas procedentes de la casa contigua, donde varios invitados habían atracado en el muelle sus barcos de vela. La

familia de al lado había preparado una mesa larga y robusta, y los agradables aromas que desprendía la barbacoa flotaban en el ambiente. Un poco más lejos, se oía la melodía de una canción típica del solsticio, que terminó con un buen brindis, «¡Salud!».

Nora sonrió al oír el tintineo de las copas de aguardiente. Así era el solsticio de verano de Sandhamn, todo el mundo lo pasaba comiendo y bebiendo fuera, en el jardín.

Dejó la bandeja en la mesa blanca de madera y mientras Jonas desenroscaba el tapón del termo, colocó las tazas y una tarta de chocolate negro que había partido en trozos.

Oyó unas avcillas piar en el aire y, al levantar la mirada, vio una bandada de golondrinas que pasaba volando sobre sus respectivas cabezas. Su presencia era una señal inequívoca de la alta presión, así que, con suerte, el calor no se iría hasta pasados al menos unos días.

Nora se sentó en una silla, feliz, y alzó la taza de café. «Casi parece demasiado bueno para ser verdad», pensó.